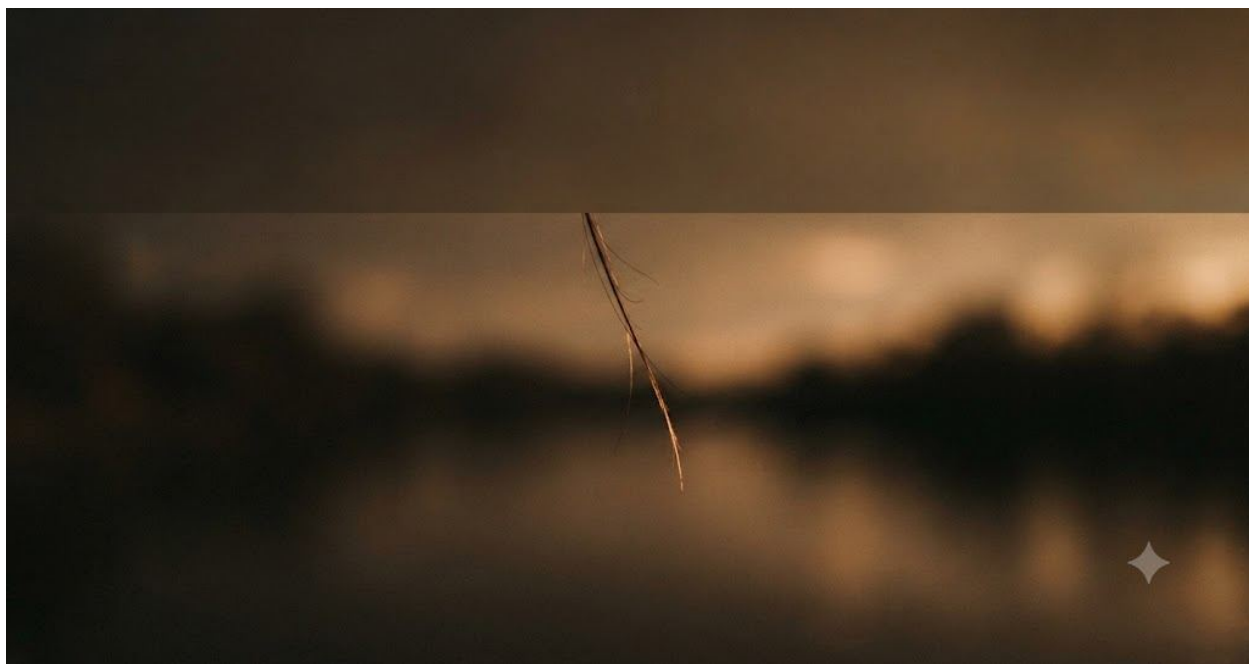




El pelo

El pelo es un detalle que la gente finge entender.

Lo llaman higiene, estética, identidad, cultura, ritual.

En realidad, no es más que una frontera: entre lo que muestras y lo que ocultas.

Algunos lo confían a los barberos, otros a los esteticistas, otros a máquinas modernas que prometen autonomía y perfección. Pero el pelo sigue ahí, terco, un recordatorio biológico: eres un animal antes de ser un ser social.

Y sin embargo, no es un enemigo. Es un amigo incómodo, un compañero de viaje que te recuerda de dónde vienes. Tiene una distribución casi capilar, un color asignado por tu mapa genético, y una historia que no puedes borrar. Incluso quienes sufren de alopecia no carecen de él: solo lo han perdido durante un tiempo que nadie puede definir.

Pero para entender el pelo, hay que remontarse al origen, adonde siempre se regresa: el ser humano primitivo.

Me lo imagino así, en una escena noir prehistórica. Dos figuras detrás de un muro de hierba están hablando. Llego una tercera persona y no logra distinguir quién es el hombre y quién la mujer. El rostro no basta.

El rostro engaña.

Así que la mujer decide cambiar el destino de su identidad.

Va al río, se mira en el agua y ve una barba.

No le gusta. No la representa. No la distingue.

Encuentra una piedra afilada y empieza a quitarse el vello, un pelo cada vez.

Descubre que el rebrote es lento, y eso le da una ventaja: no necesita repetir el ritual cada día. Y descubre algo aún más poderoso: el hombre la mira de otra manera.

La diferencia se convierte en atracción.

La diferencia se convierte en lenguaje.

De ahí nace toda la cultura del pelo: primero simbólica, luego social, luego higiénica, luego científica, luego ideológica.

Hasta llegar a los extremismos modernos: los que dicen que el pelo te protege de las bacterias y debe conservarse; los que dicen que debe eliminarse para ser aceptado; los que dicen que debe moldearse para ser deseado.

La verdad es más sencilla: el pelo nace, crece, se curva... y en el punto donde se curva, muere.

Pero la raíz sigue viva, terca, como ciertas ideas que no puedes arrancar ni con voluntad.

Y luego está la regla final, la que solo los narradores conocen:

nunca conviertas un pelo en una pelea.

La diferencia es mínima: apenas una vocal.

Pero lo cambia todo.

Ferdinando